

AISLAMIENTO SOCIAL OBLIGATORIO.

Una historia para contar

Aislarse es estar en una isla; un pedazo de tierra rodeado por la inmensidad oceánica. Los dibujitos clásicos acompañan esta idea con la imagen de un náufrago barbudo, famélico, deteriorado, y con la mirada hacia una inmensidad que no conoce, que le es extraña, y de la que espera surja algo que lo saque de su cruel situación. Algo que no depende de él. Que viene de afuera, desde un enorme horizonte ignoto. La mirada del náufrago implora, espera, desespera, interroga. Sabe cómo llegó hasta allí. Ignora cómo saldrá.

Social es el océano de nuestros pares, nuestros afectos, nuestros amigos. Hasta nuestros enemigos. Todos los que sostenemos y nos sostienen antes de la tormenta. Hacia ellos va también algo de esa mirada plena de desorientación. Algunos, unos pocos, compartimos la isla, la palmera y el paisaje . Hemos quedado a salvo del naufragio, no hemos sucumbido, pero ahora tenemos que ver cómo arreglarnos en eso que, por nuevo y brusco, es temido. Sobrevivientes que organizamos “con lo que hay” un nuevo día a día porque quedamos a la intemperie.

Obligatoria porque no elegimos: la marejada nos llevó allí luego que el buque encallara en un accidente extraño e imprevisto. Empezamos a recorrer las orillas, los límites no son fijos. Hay olas, bajantes, crecientes; las riberas no están nunca quietas. Y hacia adentro una nueva tierra con amaneceres y noches, nuevos ruidos y extraños silencios. Solemos chocarnos con estos desconocidos que comparten nuestra isla, y todo nos suena conocido. Se parece a nuestro hogar y a nuestros familiares. ¿Son? Es que antes de todo esto, eran tan rápidos nuestros encuentros y despedidas que no recordamos mucho sus caras, sus voces, sus cuerpos, sus miradas, sus gestos, sus abrazos.

Ahora en la nueva vieja isla empezamos a tratarnos, tenemos que convivir un poco, y no caminar por los mismos senderos. Sin embargo hay algo que nos hace chocar, una sensación rara, como si estos que conociera bien ahora están cambiados. Nos damos cuenta que mirar el horizonte cansa y es necesario poner en orden el islote. Alivia ver que a todos les pasa lo mismo ¿Será tan seguro este lugar ¿

A veces todo marcha bien, y otras la terquedad o los caprichos nos distancian. Eso me enfurece y me voy a mirar el horizonte esperando socorros. Luego, vuelvo hacia el fuego que alguien prendió para entibiarnos

A esos conocidos los reconozco en medio de la isla. Sus miradas abandonaron el paisaje y ahora nos buscamos entre todos. Los chicos y los grandes con las edades cambiadas Me miran – nos miramos – más que al mar, esperando un amparo.

¡ Estábamos tan bien en el barco hasta la tormenta imprevista ! Bueno, es cierto que a veces teníamos problemas y ya los conocíamos,

Aparecieron otros islotes habitados por gente que armaba sus moradas, como nosotros acá. Los chicos saludaron con las manos y les contestaron Desde entonces estamos gesticulando de islote a islote, de náufrago a náufrago. Nos gusta, nos aburrirnos menos, tenemos para hablar y pasar el tiempo.

Los días cambian: miramos a veces las lejanías oceánicas, y otras los vaivenes del islote. Es pesado cuando nos picoteamos, pero nos calma saber que el barco zafará de su varadura.

Volveremos a él con todos los recuerdos de la isla salvadora, esperanzados y curiosos por el reencuentro a bordo. Quizás nos ayudemos a subir a cubierta, cambiemos el rumbo y vayamos por aguas más seguras. Desde la borda echaremos vistazos a los islotes que habitamos en medio de la tormenta.

Nada será igual, eso es seguro

.

JORGE LUIS PELLEGRINI

MEDICO PSIQUIARA

Premio Mundial Geneva 2005/2008 por su Defensa de los DDHH en Psiquiatria de la Asoc. Mundial de Psiquiatria (WPA)